

## **CONCLUSIONES**



A lo largo de los capítulos precedentes se ha tratado de valorar el largo camino seguido por los remolacheros y azucareros del Duero hasta convertir la región en el más importante centro productor de remolacha y azúcar del país. Se trata de un espacio perfectamente adaptado a la producción de una materia prima de óptima calidad industrial y de buena riqueza sacarimétrica; su expansión ha estado condicionada en todo momento por la evolución del regadío y, sobre todo, por la predisposición de las grandes empresas azucareras hacia estas comarcas. Por ello, a partir de los años treinta y, fundamentalmente, de los años sesenta, cuando convergen en el Duero los intereses industriales y el afán de los agricultores por cultivar remolacha, bien en las superficies de regadío de intervención oficial o bien en las directamente transformadas por iniciativa particular, la raíz se convierte en la planta colonizadora por excelencia, en el cultivo rey del terrazgo regado. El apego de los cultivadores a la remolacha en regadío, que se justifica por ser la alternativa más rentable, ha sido uno de los cimientos más firmes para asentar sólidamente las bases industriales de los negocios azucareros en España.

Desde que en los años sesenta el Duero se convirtió en la región remolachera por antonomasia han surgido otros espacios productores con caracteres distintos. Los nuevos regadíos de la Mancha y, sobre todo, los secanos de Andalucía Occidental, afianzados a finales de los sesenta y principios de los setenta, se convirtieron en los inmediatos competidores y los más serios candidatos para tomar el relevo en importancia de este "cultivo itinerante". Sin embargo, a pesar de presentar unas bases productivas más racionales y competitivas, el tiempo ha demostrado, no sólo manteniendo sino consoli-

dando el cultivo, que es en el Duero donde la remolacha tiene su más firme implantación. Y ello porque sigue siendo la alternativa productiva más segura y rentable de todas las que existen. Esta simbiosis creada entre regadío y remolacha es la que ha llevado a los industriales no sólo a mantener abiertas prácticamente todas las fábricas instaladas desde hace décadas, sino a modernizarlas y ampliarlas como estrategia más segura de pervivencia de un negocio altamente lucrativo. Así, al final del proceso, en el Duero se encuentra la mayor capacidad industrial del país, se cultivan las mayores superficies de remolacha y se obtiene más de la mitad de toda la raíz producida en el conjunto nacional. Hoy, aun más que hace treinta años, la remolacha es un producto fundamental en la economía agraria del Duero.

No obstante, las condiciones administrativas y técnico-económicas han cambiado radicalmente. La remolacha ya no despierta el mismo entusiasmo que hace décadas, cuando una de las máximas aspiraciones del labrador de secano era obtener un crédito que le permitiera abrir un pozo y transformarse en remolachero. Paralelamente, cultivos como el maíz y el girasol, al socaire de las coyunturas favorables, van ganando terreno en unos regadíos donde antaño era prácticamente omnipresente la remolacha. No faltan voces que auguran que, en breve, se reproducirá en esta región lo que en otro tiempo ocurrió en Aragón o Granada, es decir, la sustitución de las siembras de remolacha por la de otros productos más rentables y menos trabajosos. Desde nuestra óptica, éstos son los momentos menos indicados para hacer previsiones, ni siquiera a corto plazo. Es cierto que nos encontramos en un período de crisis, de cambio sustancial en las formas de entender la producción y de quiénes deben ser los productores. Pero no es un fenómeno exclusivamente remolachero, es el ambiente que se respira en el campo castellano-leonés en general; entre los agricultores de secano reina la incertidumbre, y otro tanto ocurre entre los cultivadores de patata, de maíz, etc. Y es que se han modificado sustancialmente las condiciones productivas y las referencias básicas que han estado vigentes hasta hace poco más de un lustro.

En este sentido, la incorporación a la Comunidad Europea, con sus ventajas y sus inconvenientes, ha planteado uno de los retos más importantes a la agricultura regional y, sin duda, dará lugar a sustanciales modificaciones, porque las circunstancias son completamente distintas. A partir de estos momentos, el remolachero ya no puede esperar precios más elevados en los que cifrar su rentabilidad; a lo sumo, las ayudas de la Administración Autónoma (D. 65/92, BOCYL de 9 de abril de 1992) para compensar la caída de los precios van a ser los únicos estímulos previsibles. Por lo demás, la convergencia de precios con el resto de la Comunidad resuelve definitivamente a la baja la retribución final del producto desde 1993 (si bien atenuada por las subvenciones del FEOGA, R.CEE 3814/92). Es ahora cuando se pone de manifiesto la necesidad de racionalizar los procesos de producción para abaratar los costes y conseguir la máxima cantidad de azúcar por hectárea. Y es que, la gran importancia actual del cultivo no enmascara la existencia de serias deficiencias en las bases que la sustentan. Se trata de un cultivo costoso en su producción y caro en su comercialización, porque sus condiciones técnico-productivas distan mucho de ser óptimas y aún queda mucho por mejorar en materia de modernización. La remolacha se ha extendido como una alternativa rentable en todo tipo de explotaciones, tanto en las dinámicas como en las peor adaptadas; en unas ha sido la base de la capitalización, en otras el fundamento de la supervivencia, pero en todas ellas la rentabilidad se ha cifrado en la exigencia de precios remuneradores que compensaran los costos -bien en trabajo, bien en capital circulante- del cultivo. Por ello, el estudio de la evolución de la remolacha nos ha permitido apreciar cómo a cada fase de contención de los precios le ha seguido, indefectiblemente, el retroceso de las siembras y de las producciones; en este sentido, la actual coyuntura no es en absoluto novedosa: es la respuesta lógica a una situación considerada adversa. Tradicionalmente, la necesidad de conseguir el autoabastecimiento de azúcar ha llevado a la Administración a establecer políticas de estímulo y precios remuneradores para relanzar la producción, y la respuesta en todos los casos ha sido unívoca:

la expansión del cultivo. Este es el aspecto que hoy marca las diferencias en relación con otras coyunturas; ya no se puede esperar (al menos en la actual tesitura) una respuesta positiva por parte de la Administración. Las ayudas al mantenimiento de las superficies remolacheras arbitradas por la Junta de Castilla y León y las que proporciona el FEOGA para compensar el período de acercamiento de precios, por más que justifiquen la inversión de la tendencia decreciente en 1993, son transitorias.

Por esta razón, tanto desde la propia Intersectorial como desde la Administración, se lanzan consignas sobre la necesidad de modernización como única salida posible, y se ponen en marcha costosos planes de racionalización productiva; pero tampoco son aspectos novedosos. Conviene recordar que desde los años sesenta la política de ayudas y subvenciones a la mecanización, al empleo de semillas de calidad, a la concentración de fincas, etc., se ha mantenido prácticamente constante hasta la actualidad, y, a pesar de todo ello, los avances han sido realmente escasos. En realidad, lo que sucede es que el remolachero, dadas las deficiencias estructurales y con criterios de lógica económica, ha encontrado siempre otra salida menos onerosa y más remuneradora: la exigencia de precios más elevados. Esta razón ha representado el principal obstáculo para la producción en condiciones de competitividad.

Por esta causa, tras las nuevas condiciones derivadas de nuestro ingreso en el Mercado Común, y, sobre todo, cuando la contención de los precios deja de ser una realidad lejana para convertirse en cotidiana, es cuando se han experimentado los mayores avances. La implantación de la semilla monogermen, como signo inequívoco de modernización, ha sido una de las mayores aspiraciones de los responsables de la producción desde hace más de dos decenios y en su empeño no se han escatimado medios (subvenciones, muestras, etc.); sin embargo, hasta hace un lustro, su resultado había sido decepcionante. Ha sido a partir de entonces cuando se han constatado los mayores avances; las siembras con semilla monogermen genética se han extendido con una rapidez verti-

ginosa y hay provincias, como Valladolid, Avila, Palencia, etc., en las que prácticamente se han desterrado las siembras con multigermen y con monogermen técnica; paralelamente, el empleo de estas semillas obliga al uso cada vez más frecuente de herbicidas, de maquinaria más adecuada para realizar labores específicas (preparación del terreno, sembradoras, etc.), de control de las nuevas plagas y enfermedades, de instalación de modernos sistemas de riego, y un largo etcétera. Se puede asegurar que estamos inmersos en un proceso de cambio de actitud realmente espectacular por parte del remolachero, que se percibe con claridad en las formas de producción. De hecho, escenas frecuentes en los campos de remolacha durante los meses de primavera, como las cuadrillas de jornaleros realizando el entresaque y la escarda, están desapareciendo completamente y hoy son práctica residual en algunas comarcas. Lo mismo podríamos decir del uso de sistemas de riego tradicionales: hoy, los campos de regadío están en su mayor parte cubiertos de aspersores fijos, que eliminan el trabajoso sistema de ir desplazando, en cada riego, tubos, gomas y "trineos"; en las mayores fincas, el uso del pivote está generalizándose. Como corolario de todo este proceso, y como signo inequívoco de modernización, en el Duero se está modificando la imagen del pequeño remolachero tradicional; si hace no más de diez años eran una excepción los que cultivaban por encima de las 10 ha, hoy no es extraño, si se cuenta con tierra y agua suficiente, encontrar cultivadores de 20 o 30 o incluso más hectáreas. El cambio ha sido muy llamativo.

Pero, como ha ocurrido siempre, los avances no son homogéneos. La modernización y tecnificación exigen unas condiciones mínimas: disponer de una explotación con unas dimensiones adecuadas, de parcelas con tamaño suficiente, de agua abundante, etc. Por ello, los mayores progresos se están realizando en las explotaciones más dinámicas y mejor dimensionadas, sobre todo en aquellas comarcas donde la iniciativa individual transformó, a base de sondeos, el secano en regadío, y que se capitalizaron notablemente con el cultivo de la remolacha. En estas áreas, el cultivador ha conocido las ventajas de la raíz y se muestra reacio a abandonar el cultivo; por

ello es donde más se está invirtiendo en la modernización y en las que se cifran las mayores cotas de rentabilidad. No obstante, todavía existe un contingente elevado de productores, los más en número aunque progresivamente con menor responsabilidad en la producción final, asentados en las comarcas remolacheras tradicionales, que cuentan con una explotación de tamaño limitado y están sujetos a las rigideces que impone la dimensión de las parcelas y el abastecimiento de agua; aquí los avances, aun constatables, son considerablemente menores. En sus explotaciones perduran prácticas tradicionales que permiten obtener unos resultados óptimos de producción, pero se alejan considerablemente de los niveles de productividad y competitividad exigidas en las actuales condiciones. El cultivo de la remolacha sigue siendo una alternativa rentable en virtud de los rendimientos que se obtienen y del derroche, no contabilizado, de trabajo.

Se percibe, por tanto, una realidad contrastada espacial y empresarialmente. Es un correlato más de lo que ocurre, a nivel general, en la agricultura del Duero. Faltan por mejorar muchos aspectos, sobre todo en lo relativo a los costos de producción: mejora en la utilización del agua y en los sistemas de bombeo, racional uso de la mecanización, adecuado empleo de productos fitosanitarios, control de plagas, etc., pero los avances son incuestionables. Es difícil predecir el futuro de la remolacha, pero lo que es incontestable es que en la región castellano-leonesa se obtiene, en condiciones de estabilidad y seguridad, un producto de óptimas condiciones industriales, y que hay remolacheros que tienen la suficiente solvencia como para asegurar el mantenimiento del cultivo.

Pero éste es sólo un aspecto de la cuestión; hemos señalado repetidamente que en las parcelas de los remolacheros se obtiene el azúcar que las fábricas se ocupan de extraer, y en el segmento transformador de remolacha, tanto como en el productor, la necesidad de acometer un paralelo proceso de adecuación al nuevo marco económico-administrativo es también inexcusable. De las doce fábricas que actualmente molturan en la región (tras el reciente cierre de Sta. Elvira), una se instaló a principios de siglo, tres en los años treinta, otras tantas



en los años cuarenta, dos en los años cincuenta y sólo tres son posteriores a los años sesenta. Bien es cierto que han estado sometidas a un proceso de continua ampliación y mejora, y fábricas que se instalaron hace cincuenta años se encuentran entre las más modernas y capaces; pero ello no es óbice para reconocer que los criterios que justificaron su localización responden a situaciones pretéritas y que se adaptan mal a la nueva realidad productiva. Como hemos tenido ocasión de ver, la competencia entre sociedades, las áreas de contratación reducidas a espacios de regadío tradicional, etc., justificaron la implantación de un elevado número de factorías que reproducen un modelo de “agrupación-dispersa”, es decir, pequeñas fábricas localizadas relativamente próximas entre sí en puntos dispares del territorio (Valladolid, León o Palencia); la estrategia de las empresas ha consistido en ampliar selectivamente unas fábricas y mantener otras de reducido tamaño en función de las condiciones de implantación y de abastecimiento de materia prima. Con todo, la disfuncionalidad se pone de manifiesto al comprobar los grandes trasiegos de materia prima que tienen que realizarse para nutrir los molinos de las distintas sociedades.

En la actualidad existe una capacidad de molturación suficiente pero distribuida en un elevado número de pequeñas o medianas fábricas; sólo las de ACOR II, Benavente y Toro, tienen unas dimensiones cercanas a lo que hoy se considera racional. Por ello, son necesarias las actuaciones tendentes a reducir el número de instalaciones sin modificar la capacidad instalada total, es decir, que a cada establecimiento cerrado le acompañe la ampliación del más cercano para no perjudicar a los remolacheros de la comarca. Un proceso necesario en aras de la racionalidad que tiene unos límites marcados por el carácter discontinuo de las áreas de abastecimiento, de tal forma que, aunque vaya en detrimento de la productividad, no se puede aspirar a reproducir el modelo, vigente en el Sur o en la mayor parte de Europa, de la gran fábrica azucarera con una capacidad desmesurada de molturación. En este sentido, los proyectos existentes de reestructuración del sector se orientan al cierre selectivo de algunas fábricas, como Aranda

de Duero y Sta. Elvira (éste último ya consumado), y la ampliación de las alledañas, como Peñafiel y la Bañeza, pero todo parece indicar que no serán las únicas implicadas. Efectivamente, los aspectos técnicos no constituyen un obstáculo insalvable y la solvencia económica de los grupos empresariales que las respaldan es una realidad de la que pocos dudan. Por otro lado, la reciente fusión de dos grandes grupos, EBRO y CIA, despeja considerablemente el camino de la reordenación fabril, pero también abre no pocas incógnitas sobre el futuro.

Y es que, por encima del necesario proceso de reestructuración del sector, la clave para entender el futuro remolachero-azucarero en el Duero está, como siempre lo ha estado, en manos de los grandes grupos industriales. El creciente proceso de transnacionalización de las empresas azucareras (el caso de KIO está reciente) confiere una nueva dimensión al problema. Si hasta ahora la estrategia empresarial ha sido la responsable de la valoración selectiva de las regiones remolacheras a nivel nacional, primando unas sobre otras y desplegando su capacidad fabril en las áreas donde era más rentable la transformación de remolacha, el nuevo contexto comunitario, sobre todo con la puesta en marcha del Mercado Unico, puede dar lugar a un proceso similar a escala Comunitaria, es decir, potenciar las regiones europeas que cuenten con las mayores ventajas comparativas en materia de producción de azúcar. Esta es la línea defendida por los grandes grupos azucareros comunitarios que presionan constantemente en Bruselas para la revisión del reglamento azucarero. Las cuotas españolas de azúcar, en manos de las empresas, constituyen el mejor y más solvente reclamo con el que cuentan los industriales nacionales: se trata, ni más ni menos, que de un millón de toneladas de azúcar y casi todas ellas calificadas de tipo "A", es decir, plenamente acogidas a las garantías de comercialización al máximo precio. Si esta línea se impone, de poco servirán los planes de reestructuración y modernización del sector en su conjunto; el Duero es una región poco "adaptada" a escala de la Comunidad.

Sólo parece haber una empresa firmemente arraigada y decidida a mantener y potenciar el cultivo en la región:

ACOR. A pesar de los problemas de funcionamiento y representatividad, de las dudas sobre si en realidad es una cooperativa o simplemente opera como tal a efectos fiscales, de la competencia que introduce en el sector, etc., es la sociedad azucarera que hoy permite mantener a unos remolacheros "privilegiados" y la que realmente ha dado muestras, al menos en sus manifestaciones públicas, de estar comprometida con los intereses regionales. Sin embargo, ACOR no puede garantizar más que un 14% de la cuota nacional y avalar a unos pocos miles de remolacheros; el resto depende de la única instancia que puede mediar en el proceso: la Administración. Y éste es el papel que hoy le corresponde; ya no se le puede reclamar mejores precios ni garantías de remuneración distintas a las de los remolacheros de otros países -por el principio de unidad de mercado y regulación de las ayudas nacionales-, pero sí que haga valer la vigencia, sólidamente afianzada hasta ahora, de las cuotas de azúcar como un patrimonio de la nación. Es la única fórmula que puede permitir la continuidad del negocio azucarero nacional y del Duero.

Dentro de los límites nacionales, la reestructuración y modernización del sector es un proceso que habrá de continuar en el Duero; por ello, posiblemente el mapa de instalaciones fabriles se modifique considerablemente, la remolacha azucarera será un cultivo menos rentable de lo que fue tradicionalmente y muchos remolacheros dejarán de serlo, pero, con toda probabilidad, continuará manteniéndose como uno de los cultivos más importantes dentro de un regadío cada vez más diversificado.

